



En medio de muy anchurosa plaza, formada por casas pequeñas, aseadas, sencillas y atrayentes, se alza la mole hermética y renegrida del castillo como símbolo de la época imperial que trae a la mente el recuerdo de la severidad, denotada por el luto de las ropas y la dureza en el corazón: Felipe II, el Caballero de la mano en el Pecho, el Entierro de, Conde de Orgaz.

El pueblo queda, como suele, a un lado de la fortaleza, agrupado en torno a la plaza, alrededor de la iglesia que consuela y abre las puertas de la eternidad a quienes la ferocidad, inclemente e injusta, niega toda conmiseración.

Todavía impone contemplar la poderosa construcción, aunque no es fácil imaginarse y comprender lo que fuera una lucha que contando con el arrojo y la firmeza obligara a tan formidable protección.

tro Arenal, baluarte del célebre Conde que al fin halló su mayor gloria inmortalizado en su entierro por los pinceles del Greco, dándole una celebridad universal, como la de La Mancha, pues si ésta es conocida en el mundo por don Quijote, Orgaz lo es por el entierro de su Conde.

Un punto y aparte asperiza la relación Alcázar-Orgaz, más frecuente y fraternal cuando la jurisdicción alcazareña llegaba hasta Los Yébenes y patrocinaba con su iglesia y Ayuntamiento la mitad sanjuanista de esta villa. El motivo de las discrepancias lo es el nacimiento de Fray Juan Sánchez Cotán, que Orgaz incluye entre sus hijos eminentes y sitúa a nuestro pueblo con relación a él en la incómoda situación que tie-